
Colombia hoy: un análisis ético

*Carlos J. Novoa M. S.J**

Con el presente artículo pretendo proponer un análisis ético teológico acerca de la grave crisis moral que acaece en los diversos ámbitos que conforman la vida nacional colombiana. Para ello partiré señalando algunos hechos relevantes que conforman esta crisis por medio de la presentación de una serie de indicadores estadísticos. En un segundo momento buscaré proponer los orígenes de esta situación tratando de llegar a su trasfondo moral, para orientar una solución.

LOS HECHOS

* Según la Policía Nacional, durante 1995 se produjeron en Colombia 26.000 asesinatos, cifra que arroja un promedio de 72 crímenes diarios. El 70% de estos delitos no son fruto de la violencia política o del narcotráfico sino de enfrentamientos callejeros y riñas entre vecinos. Informes de este mismo organismo señalan que durante los últimos diez años han sido asesinadas 250.000 personas en nuestro país.

* La Registraduría Nacional del Estado Civil informó que en las últimas elecciones presidenciales la abstención fue del 48%, cifra que subió al 58% en los pasados comicios parlamentarios.

* Doctor en Teología Moral, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Profesor de Teología Moral en la misma facultad.

* Algunos indicadores del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas DANE:

- El 50% de la población colombiana recibe el 16% del ingreso económico nacional.
- El 20% de los colombianos (los más ricos), recibe el 50% del ingreso económico del país.
- En los últimos diez años la canasta familiar equivale a dos veces el salario mínimo.
- La línea de ingresos económicos básicos de más del 50% de los colombianos se halla en continuo descenso desde 1991.

* El reciente informe sobre la situación social internacional del Programa de la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Humano P.N.U.D.¹, señala que:

- El 42% de los colombianos vive en condiciones inhumanas.
- 15.000 niños menores de cinco años mueren cada año en Colombia, lo que significa un promedio de 41 muertes infantiles diarias.
- El gasto militar anual en nuestro país es de un billón ciento sesenta y dos mil millones de pesos (\$1.162.000.000.000). Esta inversión equivale al 2.4% del producto interno bruto (PIB).
- En Colombia, el desembolso estatal anual en educación es el 2.9% del PIB, y en salud pública es el 1.8% del PIB.

* Si cotejamos los dos últimos indicadores constatamos que en nuestra patria se gasta más en armas que en salud pública, y el egreso castrense es casi igual al de educación nacional.

UN DIAGNÓSTICO

Un detenido análisis de estos y más indicadores que se podrían proponer en el mismo sentido, nos señala que Colombia es un país atravesado por una situación de gran violencia y profunda injusticia social. Se trata ahora de preguntarse por las

1. Cfr. PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO HUMANO, P.N.U.D., *Informe sobre el desarrollo humano*, Ed. P.N.U.D., Nueva York, 1995.

causas de esta situación para poder llegar a formular algunos caminos de superación de ella.

Juan Pablo II, en su última visita a Colombia, constató en varias ocasiones que el empobrecimiento de grandes sectores de la población es una notable causa de agresividad en la convivencia social fruto de la natural desazón que genera en muchos esta vida de despojo. Y señala el Papa cómo este desespero se convierte en violencia de diverso orden (familiar, callejera, guerrillera, del narcotráfico, de la delincuencia común)². Todo esto crea un clima de atracos, secuestros, extorsiones e inseguridad que tanto nos aflige en la convivencia ciudadana. En este mismo sentido se han venido pronunciando desde hace varios años los obispos colombianos.

En aras de la complejidad del análisis es importante señalar también, que otra de las relevantes causas de la realidad de violencia que nos aqueja, es lo que se ha dado en llamar un «ethos violento», que caracteriza desde el siglo pasado la vida republicana de nuestro país. Así lo constatan numerosas investigaciones que al respecto se han venido desarrollando por parte de connotados peritos de la Universidad Nacional de Colombia y de otras latitudes del panorama científico social de nuestra patria.

Este «ethos violento» está alimentado por un grave clima de discriminación socio-económica, y es también fruto de un «hábito social» que consiste en una cierta incapacidad que tenemos los colombianos para la tolerancia y la aceptación respetuosa de la diferencia.

También se configura esta incapacidad como la aplicación de facto de la vía armada, violenta y la eliminación del disidente en cualquier sentido (y no el camino del diálogo civilizado y razonable). Este es el triste derrotero que se toma para solucionar los conflictos naturales que emergen en toda convivencia interpersonal y social.

Se trata de la asunción de las relaciones interpersonales y sociales desde la dinámica de la arrogancia de poder que plantea la vida como la eliminación del otro, y la

2. Cfr. JUAN PABLO II. *Así nos habló. Visita de S.S. Juan Pablo II a Colombia. Mensajes de S.S. Juan Pablo II a los colombianos* (Julio 1 a 7 de 1986). Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano -SPEC-, Bogotá, 1986; JUAN PABLO II. *Discurso a los Obispos colombianos en visita Ad Limina*. Ciudad del Vaticano, 1996.

imposición arbitraria y despótica del ego; y no desde la perspectiva humana y cristiana del desarrollo respetuoso de cada persona y grupo humano en el caminar del reconocimiento y la ayuda mutua y generosa.

Situación de injusticia socio-económica que está detrás de este clima de violencia y que Juan Pablo II ha descrito como un devenir en el cual cada día hay menos ricos cuya riqueza se agranda a costa de un aumento de los pobres que son cada vez más pobres. Esta sed de acumulación de riqueza en pocas manos que atraviesa todos los estratos de la sociedad colombiana ha impulsado el crecimiento del flagelo del narcotráfico. De la misma forma ha convertido la actividad del Estado, con su necesaria misión de velar por el bien común y en particular de los más desfavorecidos, en un simple negocio, donde los más audaces convierten la cosa pública en un botín de enriquecimiento de unos pocos³.

Esta privatización del Estado lleva a que éste no haga la debida presencia en muchas regiones apartadas del país y no responda en forma debida a las agudas necesidades de la comunidad nacional y, en particular, de las mayorías desvalidas. Esta si-

3. Iluminan todo este análisis los siguientes textos de las Conferencias de Puebla y Santo Domingo que se aplican al hoy de Colombia como puede constatarse: «La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela: rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer [...]; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades [...]; rostros de jóvenes [...] frustrados, [...] por falta de oportunidades de capacitación y ocupación; rostros de indígenas y, con frecuencia, de afro-americanos, viviendo marginados y en situaciones inhumanas [...]; rostros de campesinos, que como grupo social, viven relegados en casi todo nuestro continente [...]; rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos [...]; rostros de sub-empleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y, muchas veces, de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos; rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales [...]. Compartimos con nuestro pueblo otras angustias que brotan de la falta de respeto a su dignidad como ser humano [...]. Países como los nuestros en donde, con frecuencia, no se respetan derechos humanos fundamentales [...]. A esto se suman las angustias surgidas por los abusos de poder [...]. Angustias por la represión sistemática o selectiva [...]. La falta de respeto a la dignidad del hombre se expresa también en muchos de nuestros países en la ausencia de participación social a diversos niveles [...]. Se ve con malos ojos la organización de obreros, campesinos y sectores populares y se adoptan medidas represivas para impedir la [...]. Aumenta también con frecuencia la injusticia que puede llamarse institucionalizada (Cfr. Medellín Paz 16)». CELAM. *Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina. Puebla: Conclusiones*, Bogotá, 1979, nn. 31 a 46.

tuación del sector público colombiano deja en el vacío las misiones que debe cumplir un verdadero Estado de derecho; esto agudiza aún más el espiral de pobreza, y deja a la sociedad sin la necesaria instancia neutral (al servicio de todos y no de intereses particulares) para dirimir los naturales conflictos que, en el seno de ella, se presentan. Dicha espiral y la carencia de una instancia neutral son ingredientes para el clima de violencia social que padecemos.

Constatamos que esta crisis de injusticia, narcotráfico, violencia generalizada (interpersonal, familiar, social) y corrupción política, echa sus raíces en las torcidas actitudes humanas de sed de riqueza y arrogancia de poder. En varias ocasiones nuestro querido pastor Juan Pablo II nos ha hecho caer en cuenta de este transfondo, señalando cómo dicha crisis que posee ribetes nacionales y mundiales, tiene su origen último en

el afán de ganancia exclusiva, por una parte y por otra la sed de poder, con el propósito de imponer a los demás su propia voluntad. A cada una de estas actitudes podría añadirse, para caracterizarlas aún mejor, la expresión: «a cualquier precio». En otras palabras nos hallamos ante la absolutización de actitudes humanas con todas sus posibles consecuencias.

Ambas actitudes, aunque sean de por sí separables y cada una pueda darse sin la otra, se encuentran -en el panorama que tenemos ante nuestros ojos- indisolublemente unidas, tanto si predomina la una como la otra.

«El creciente empobrecimiento en el que están sumidos millones de hermanos nuestros hasta llegar a intolerables extremos de miseria es el más devastador y humillante flagelo que vive América Latina y el Caribe. Así lo denunciarnos tanto en Medellín como en Puebla y hoy volvemos a hacerlo con preocupación y angustia. Las estadísticas muestran con elocuencia que en la última década las situaciones de pobreza han crecido tanto en números absolutos como relativos. [...] La política de corte neoliberal que predomina hoy en América Latina y el Caribe profundiza aún más las consecuencias negativas de estos mecanismos. Al desregular indiscriminadamente el mercado, eliminarse partes importantes de la legislación laboral y despedirse trabajadores, al reducirse los gastos sociales que protegían a las familias de trabajadores, se han ahondado aún más las distancias en la sociedad. Tenemos que alargar la lista de rostros sufrientes que ya habíamos señalado en Puebla (cf. DP 31-39), todos ellos desfigurados por el hambre, envejecidos por infrahumanas condiciones de vida, angustiados por la supervivencia familiar. El Señor nos pide que sepamos descubrir su propio rostro en los rostros sufrientes de los hermanos». CELAM. *Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana; Jesucristo ayer, hoy y siempre*. Santo Domingo: Conclusiones, Bogotá, 1992, n. 179.

Y como es obvio, no son solamente los individuos quienes pueden ser víctimas de estas dos actitudes de pecado; pueden serlo también las Naciones y los bloques. Y esto favorece mayormente la introducción de las «estructuras de pecado», (...) que ocultan verdaderas formas de idolatría: dinero, ideología, clase social o tecnología⁴.

Nos encontramos frente a las idolatrías del dinero y del poder, causas últimas de nuestros males colombianos contemporáneos. Estas causas son actitudes humanas erradas; en esta calificación

se percibe una resonancia de carácter ético-moral. En efecto, la condición del hombre es tal que resulta difícil analizar profundamente las acciones y omisiones de las personas sin que implique, de una u otra forma, juicios o referencias de orden ético⁵.

La situación de nuestro país nos aboca entonces a constatar una grave carencia moral que «ofende a Dios y perjudica al prójimo»⁶ al erigirse falsos ídolos que desplazan del comportamiento humano el absoluto del amor y la solidaridad, el verdadero Señor que se nos revela en Jesucristo. Esta idolatría implica todas las calamidades personales y sociales que hemos descrito.

UNA PROPUESTA DE SOLUCIÓN

Teniendo en cuenta lo anterior, se trata de abandonar dicha idolatría que tantas calamidades nos trae y convirtimos al verdadero y plenificante absoluto de la vida en Jesucristo que

es la solidaridad. Ésta no es, un sentimiento superficial por los males de tantas personas cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos.

4. JUAN PABLO II, *Sollicitudo Rei Socialis*, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1987, No. 37.

5. JUAN PABLO II, *Sollicitudo* 36.

6. JUAN PABLO II, *Ibidem*.

Esta determinación se funda en la firme convicción de que lo que frena el pleno desarrollo es aquel afán de ganancia y aquella sed de poder de que ya se ha hablado. Tales «actitudes y estructuras de pecado» solamente se vencen -con la ayuda de la gracia divina- mediante una actitud diametralmente opuesta: la entrega por el bien del prójimo, que está dispuesto a «perderse», en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a «servirlo» en lugar de oprimirlo para el propio provecho (cf. Mt. 10, 40-42; 20, 25; Mc. 10, 42-45; Lc. 22, 25-27)⁷.

Esta conversión tiene una índole teológico moral ya que se refiere a la transformación radical de actitudes y comportamientos éticos. Cambio a nivel personal pero también a nivel de estructuras económicas, políticas, sociales y culturales. Nos hallamos, entonces, ante un gran reto en el cual, gracias a Dios, tanto en la iglesia universal como en la colombiana hemos venido empeñándonos. Sin embargo la urgencia del momento es tal que debemos redoblar esfuerzos en este sentido.

Estos esfuerzos deben encaminarse a un cultivo del cambio de actitud de las personas por diversos medios; entre otros, a través de una catequesis seria, preparada y encarnada. Igualmente a través de la convocación por parte nuestra, como Iglesia, a todos los sectores de la sociedad para que juntos creemos y construyamos un modelo económico justo, equitativo y humano. Este nuevo modelo deberá superar el capitalismo neoliberal imperante que tiene como centro la acumulación de riqueza en pocas manos e implica los graves y crecientes índices de pobreza y violencia que padecemos.

Este tipo de capitalismo vigente ha sido calificado de pecaminoso y perverso por Juan Pablo II en varias ocasiones⁸. Por este motivo el mismo Papa nos invita a aumentar nuestra creatividad para construir estructuras económico políticas alternativas verdaderamente humanas⁹.

Esta pertinente invitación choca con la apatía que reina en el colombiano medio respecto al compromiso que a todos nos compete por el bien común. Esta

7. JUAN PABLO II, *Sollicitudo* 38.

8. Cfr. JUAN PABLO II, *Sollicitudo* 36 y 17.

9. Cfr. JUAN PABLO II, *Mensaje a los Servicios Católicos de Ayuda*, Baltimore, 1995; N° 4.

despreocupación se ve en la falta de interés y desgano que reina en nuestra sociedad con respecto al uso y buen cuidado de lo público, ya se trate de vías, parques, edificios, instituciones, tráfico automotor, etc.. En esta misma línea es una mentalidad difundida comúnmente que acceder a la gestión del Estado en cualquiera de sus niveles no es una misión de servicio desinteresado a la comunidad, sino una «buena oportunidad» para obtener un lucro egoísta¹⁰.

Estos hechos son la expresión de una actitud, por desgracia muy colombiana, que juzga que en la vida cada uno tiene que arreglárselas como sea, velando ante todo por sus intereses individuales, por encima de cualquier otra consideración. Un hecho más que confirma la vigencia de esta mentalidad es el alto índice de abstención electoral que caracteriza a Colombia. Es verdad que una posible explicación de esta situación puede ser la común decepción que genera el notable estado de corrupción política al que hemos llegado. Pero no es menos cierto que preferimos encerrarnos en nuestros asuntos privados y no nos animamos a construir y apoyar alternativas verdaderamente benéficas en este sentido.

Urge, entonces, implementar los medios para sensibilizar al hombre de la calle con el fin que participe, de forma activa y solidaria, en los asuntos prioritarios del bien común (ya sean económicos, políticos, sociales o culturales); y no dejarlos, precisamente, en manos de los deshonestos. Este reto exige transformar la mentalidad del «yo solo me las arreglo», otra forma de arrogancia de poder que conlleva claras y nefastas consecuencias.

10. Prueba de esto es la no poca cantidad de investigaciones que los organismos fiscalizadores de la gestión estatal tienen que llevar a cabo, a causa de malos manejos realizados por los más diversos tipos de funcionarios y políticos.